

TREINTA MINUTOS DE ANGUSTIA

I

Corre veloz el tren, dejando una larga estela de humo, que poco a poco va esfumándose. El sol, cegador y luminoso, expande un calor sofocante en esta hora del mediodía. Por las ventanillas, abiertas, entra un aire cálido é impregnado de olor a carbón. Se ven caseríos destruidos, campos agujereados por explosiones, algunas aldeas abandonadas y en ruínas; un potro, al silbido prolongado del tren, corre asustado; como un fantasma, viene, llega y desaparece una casilla ferroviaria, de la que solo queda su fachada principal, ennegrecida por el fuego, mostrando los huecos vacíos de sus ventanas y puertas; también existen restos de algún descarrilamiento: cristales, hierros retorcidos, maderas hechas astillas...

Callados, pensativos, los dos viajeros observan todo ésto. El triste y desolador espectáculo de la pasada tragedia, les sume en un angustioso mutismo. Parece como si de todos aquellos campos, antes feraces, alegres y habitados, ahora desiertos y áridos, naciera un sobrecogedor y terrible silencio que penetrara hasta lo más profundo del alma. Y así era. Aquella quietud de muerte infundía terror, miedo y tristeza a un tiempo.

A lo lejos se divisa ya la ciudad. El tren va aminorando la marcha.

-¡Por fin!- exclama él

-Tengo miedo- dice ella.

- No te preocupes -le objeta el hombre, mientras se limpia, con un pañuelo, el rostro sudoroso-, estamos lejos de allá.

- ¿Y si nos descubrieran?

- ¿quien? Aquí hay tanto movimiento y tanto refugiado, que muy difícilmente repararan en nosotros; harto harán con ocuparse de otras cosas más importantes, creada por la actual situación.

Chirrían los frenos, y el tren, lento, penetra en la abovedada techumbre de hierro de la estación. Levántanse los dos viajeros, recogen sus maletas y bajan al andén. Dos desconocidos se les acercan.

- La documentación, por favor.

El hombre muestra la de ambos, mientras que ella tiembla de temor y de angustia.

- ¿Gigantos

- ¿Pero es que no están en regla?

- No somos nosotros quienes han de decirlo. Limitense a seguirnos, sin más comentarios.

Cruzan un salón amplio, sucio y oscuro, para venir a desembocar a un callejón donde hay amontonados, en dos largas hileras, ennegrecidos cajones. Al final hay parado un auto, el que suben los cuatro.

Por las calles se ven rostros preocupados y sombríos, coches militares, soldados; a la puerta de un hospital están sentados hombres con cabezas vendadas, brazos entablillados, mutiladas piernas; el ambiente es de tristeza y agotamiento.

Se detiene el coche junto a un edificio grande y alto. Se apean de él y suben detrás de sus acompañantes, por unas escaleras de blanco mármol, hasta una habitación, desde cuyas ventanas, pueden observarse el tránsito incesante de la calle.

Después de unos minutos de espera, pasan al despacho de un Comisario. Este les interroga largamente y, por último, les dice:

- Lo siento mucho. No dudo de la veracidad de sus respuestas, pero la responsabilidad que nos impone estos difíciles momentos, y la triste experiencia adquirida en otros casos semejantes, nos hacen ser precavidos y no irnos a la ligera. Así, pues, hasta tanto no comprobemos los datos facilitados, quedan vds. detenidos.

Fueron conducidos por un guardia y encerrados en un cuarto de altas paredes, defendido por una puerta de gruesos barrotes de hierro.

Ella se sentó sobre un duro banquillo de madera y comenzó a sollozar.

- No llores - le dijo él - pronto saldremos. Es cuestión de unas horas.

II

Son las tres de la tarde. Han transcurrido cuatro

horas largas, monótonas. En la soledad de un estrecho cuarto, de paredes desnudas, parece que el tiempo se detiene y no corre. Y cuando se espera con inquietudes y temores, los segundos son siglos, y por pocos instantes que estemos en un lugar así, tenemos la sensación de haber pasado en él toda una vida.

No hay donde fijar la vista; de una simple ojeada pueden apreciarse, hasta en sus más nimios detalles, todas las cosas allí existentes.

De vez en cuando las fuertes pisadas de un guardia, o el sonido metálico de un manojó de llaves, turban el silencio.

Ambos meditan. El hombre se levanta y dá unos paseos. Después ~~se acerca~~ ^{va hacia} ella, y rodeándole el talle con un brazo, muy cerca el rostro, le dice:

- No te preocupes más, Gloria. Aquí no podemos estar mucho tiempo. Cuando salgamos, dentro de poco, nos marcharemos al extranjero. Está cerca la frontera, solo con medio día es suficiente para llegar. Y una vez allí, lejos de este horrible mundo de zozobras y peligros, crearemos un hogar, viviremos felices.

- ¡Felices!

- ¿Por qué lo dices con esa amargura? Gozas en atormentarte. No pienses más en aquello. Trata de imaginártelo como una pesadilla, como un mal sueño pasado, sin consecuencias ni ataduras. ¿Que te importa aquel mal hombre, de brutal trato? ¿Porque habías de estar ligada, unida siempre a él, que ni te comprendía ni te estimaba.

- ¿Y mi hijo?

- Un fruto, más de la violencia que del cariño, nacido más por obligación que por deseo, ni puede atar ni exigir una dedicación que destroza nuestra vida y derrumba y entenebrece nuestro espíritu.

Un inmenso tropel, un enorme vocerío, amortiguado por la distancia, interrumpió sus palabras. Quedaron suspensos, en expectativa actitud, tensos los nervios, atentos los oídos, interrogantes las miradas. Aumentaba el griterío, sentíase el correr de autos, por delante de la puerta, ante sus ojos asombrados, atropellándose unos a otros, como enloquecidos, salían unos guardias. De contiguos calabozos oíanse imprecaciones y alaridos ininteligibles, pero

angustiosos, espeluznantes, llenos de terror y pánico, por una especie de mutación psíquica, vinieron a su recuerdo las imágenes del pasado: Allí, en su pueblo natal, viviendo con su anciana madre, tranquilo y sosegado. Mas tarde luchando en la guerra, tras unas barricadas, hambriento y lleno de cansancio; días de incertidumbre, de temores; y como final, una herida y largas horas de sopor y de fiebre en el drámático ambiente de una sala de hospital. Allí, el celoso cuidador de una enfermera -Gloria- le hace volver a una vida que perdida creía. Y del agradecimiento a sus atenciones, nacen sus mutuas confianzas, y de éstas la estimación, que poco a poco se convierte en fogoso amor, tanto más grande cuanto más desgraciados se creían. Pierden en la fuga, que Gloria al principio rechaza, y paquecida: ¡Abrannos! ¡Miserables! ¡¡¡Abran!!!. Mas nada lo cual ella tiene que coger, con mucho miedo, diendie pensaba nada más que en huir, en huir de un inminente peligro, perdida la noción de las cosas y la razón.

-¿Que ocurre? -gritaron a los que huía.
- ¡La bomba atómica! ¡Va a ser arrojada por el enemigo!

Fué un segundo. Gloria sintió como las fuerzas se le agotaban y una laxitud de muerte se apoderaba de todo su cuerpo; se nublaron sus ojos, le saltaba el corazón en el pecho, y el cerebro parecía dilatarse le tanto, tanto, como si fuera a romper el cráneo en mil pedazos. Él, inconscientemente, habiase agarrado con todas sus fuerzas a los barrotes de la puerta, sacudiendola con desesperado furor, mientras gritaba con toda la potencia de sus pulmones, con voz enronquecida: ¡Abrannos! ¡Miserables! ¡¡¡Abran!!!. Mas nada le pensaba nada más que en huir, en huir de un inminente peligro, perdida la noción de las cosas y la razón.

Con los ojos desorbitados, enturbiada la inteligencia, engarfiados los dedos en la irrompible rejilla, y un aspecto monstruoso de delirio y de terror, él continuaba, con todos sus bríos, queriendo romper aquellos hierros crueles que significaban muerte irremediable y horrorosa. Hasta que, por fin, cayó rendido al suelo, jadeante, sangrando sus manos y con un frío sudor todo su cuerpo.

- ¡Vamos a Morir, Gloria; mas nos valiera no haber nos conocido, que así no estaríamos en situación tan trágica! ¿que haces? ¿Por que no hablas? - dijo, otra vez enfurecido. ¿Rezas? ¡Oyelo bien! ¡Yo no creo en tu Dios, que injustamente nos abandona! ¡Penigó. sé que te amaba y te odio! ¿Porque huiste de tu marido? ¿Porque has sido mala esposa y peor madre? No debiste hacerme caso para llegar a este extremo. ¡No quiero morir!!! No quiero!!!... ¡Dime de donde sacas fuerzas en tu dolor, consuelo en tu desdicha!... ¿quiere da esa confianza que yo no tengo? - Y al decir esto lloraba de impotencia y de rabia.

- Carlos, si aquí han de acabar nuestras vidas, mas nos sirve pensar que es castigo de nuestras culpas; si nada ni nadie puede salvarnos, hemos de creer, es forzoso creer en un Dios de quien nos viene su justicia, y que, si le place, puede detenerla. Es la única esperanza.

- Si. Quiero creer; tengo que creer! - Diciendo es

por una especie de mutación psíquica, vinieron a su recuerdo las imágenes del pasado: Allí, en su pueblo natal, viviendo con su anciana madre, tranquilo y sosegado. Mas tarde luchando en la guerra, tras unas barricadas, hambriento y lleno de cansancio; días de incertidumbre, de temores; y como final, una herida y largas horas de sopor y de fiebre en el drámático ambiente de una sala de hospital. Allí, el celoso cuidador de una enfermera -Gloria- le hace volver a una vida que perdida creía. Y del agradecimiento a sus atenciones, nacen sus mutuas confianzas, y de éstas la estimación, que poco a poco se convierte en fogoso amor, tanto más grande cuanto más desgraciados se creían. Pierden en la fuga, que Gloria al principio rechaza, y paquecida: ¡Abrannos! ¡Miserables! ¡¡¡Abran!!!. Mas nada lo cual ella tiene que coger, con mucho miedo, diendie pensaba nada más que en huir, en huir de un inminente peligro, perdida la noción de las cosas y la razón.

- Gloria, perdóname - dice-; yo tuve la culpa de todo; yo te seducí, yo te incité a una huida que repugnaba a tus sentimientos y a tus ideas; yo fui el malvado.

- Cuando estamos a dos pasos de la otra vida, tenemos la obligación de perdonar... para que nos perdonen; que no nos arrepentirnos de lo que mal hicimos...

+ Yo no creo en Dios, Gloria.

- ¿Que no crees? Piensa en que dentro de unos segundos de ti solo quedará polvo; piensa en lo que es tu vida, tu mismo, con todo ese mundo interior que en tí llevas; piensa en esas ansias que forzosamente has de tener por sobrevivir, pese a todas las cosas, al tiempo, a la misma muerte...; piensa en todo ello...y reza con silencio... El tiempo se siente pasar con una lentitud inquietante... La angustia crece, atenzando la garganta, crispando los nervios... Y de pronto, como un soplo de vida, se oyen pasos presurosos de los guardias que regresan alegres, aunque pálida todavía la tez.

- Fué una treta -dicen- con la que el enemigo quiso poderarse de la ciudad.

Todos se siente revivir, nacer; prorrumpen en exclamaciones de júbilo y contento.

... ..
-Gloria, no te vayas, no me abandones.

- No te acuerdas ya...!

- Aquello pasó; Podemos ser tan felices!

- Vuelvo con mi marido. Para ti ~~mas~~ lo sucedido no

significa nada. En cambio, para mi ha sido una luz que me ha hecho ver errores y faltas, toda una existencia vivida en treinta minutos de angustia. Adios.

- El tren ha comenzado a rodar y a su paso retiembla en pavimento. Va alejandose. Por una ventanilla solo se ve un pañuelo que, a semejanza de una blanca paloma, revolotea en el viento, para venir a posarse luego sobre un rostro de mujer, a beberse unas lágrimas.

Junio 1.953.

Industria